



La izquierda española en busca de sí misma

DESDE hace mucho tiempo la izquierda europea ha abierto un debate interno sobre su papel en la sociedad moderna, debate que es menos general en los períodos en que ocupa el poder, pero se agudiza en las travesías por la oposición. El debate tiene muchos aspectos, todos ellos de singular importancia para la configuración futura de la estructura del poder político e incluso de las mismas sociedades.

La crisis doctrinal

LA izquierda, como todo el espectro político, anda sobre tierras movedizas. Pero la derecha, tal como se la define tradicionalmente, por buscar más el interés inmediato que los valores durables, ha demostrado mayor capacidad de adaptación a los cambios que la izquierda, en la que los esquemas del pasado se suelen dilatar en el tiempo después de pasada su fecha de caducidad. La izquierda se ha sumergido así en una primera crisis de índole intelectual que se expresa en

diversos intentos de **repensar** y **redefinir** los propios conceptos patrimoniales (movimiento de clase, énfasis en la igualdad por encima de la libertad, predominio de los valores colectivos, dimensión internacional de la solidaridad, anticapitalismo, laicismo militante, etc. Y todo ello creyendo en la utopía de una transformación radical de las estructuras que traerá consigo la bondad generalizada de los individuos. En esta tarea de redefinirse se han empleado a fondo tanto socialistas como comunistas, desde **Bad Godesberg** del SPD alemán hasta el discurso refundador de la izquierda que postula **Adam Schaff**, pasando por el ya olvidado pero decisivo **eurocomunismo**, por el abandono de las referencias explícitas a Marx del PSOE y por la rotunda transformación operada en el PCI, apenas reconocible ya en los herederos de su famosa **refundazione comunista**.

Este proceso de redefinición ha sido obligado por los grandes cambios operados en la llamada «tercera revolución industrial» y por el gigantesco proceso de globalización económica que se está operando. El socialismo llamado científico estaba muy bien adaptado a las condiciones creadas por las dos primeras revoluciones industriales, pero se ha manifestado inadecuado para conducir el nuevo orden-desorden en que nos encontramos. Al reconocer el principio de realidad como principal principio hermenéutico, el socialismo y el comunismo llevan en su propio fundamento el germen de la crisis cuando las situaciones cambian de naturaleza. Por lo cual, puede decirse que la crisis estaba prevista desde el origen. Lo que no estaba previsto era ni el momento ni la intensidad. En general los partidos socialistas han ido haciendo su evolución a lo largo de varias décadas, mientras los partidos comunistas sólo empezaron a transformarse de manera significativa a partir de los años sesenta. En fases más o menos avanzadas de su evolución, socialistas y comunistas, la izquierda en su conjunto, se han visto sorprendidos por una erupción

volcánica (revolución capitalista frente a sí y derrumbe de sistemas dentro de su contorno ideológico), que ha orientado la marcha del mundo en sentido contrario a sus predicciones. El seísmo consiguiente ha sido de tal intensidad que los mismos intelectuales de izquierda lo definen como una «inversión de la utopía», en la que el hasta ayer perverso mercado se constituye en el mejor de los dioses de la redistribución social.

*Esta inversión de la utopía ha producido cismas y mártires y no está ni mucho menos terminada. Mientras un sector importante (en España se podría eponimizar en **Anguita**) se mantiene fiel a las esencias históricas de la izquierda comunista originaria, muchos militantes se hallan sentimental y vitalmente en una especie de «socialismo capitalista» que, como los términos indican, resulta antitético de sí mismo.*

La crisis de estrategia

***HUBO** un tiempo en el que la izquierda soñó y practicó los frentes populares para llegar al poder. Poco a poco, tal posibilidad se ha cegado, primero porque los partidos socialistas, sabedores del veto de la OTAN al Partido Comunista Italiano, rehusaron la alianza con los comunistas, después porque los partidos comunistas espiritualmente fieles a sus orígenes se han convertido en los principales fustigadores de la apostasía capitalista que, a su juicio, ha desnaturalizado los partidos socialistas.*

Por otra parte, la referencia negativa («somos la no-derecha»), que sirvió durante décadas para reafirmar la identidad unitaria de la izquierda, se ha movido de forma estratégicamente inteligente, no arriesgando nunca su poder, pero asumiendo, probablemente porque así defendía mejor sus intereses, los planteamientos del

*estado de bienestar y, con algunos límites, las políticas activas de empleo que patrimonializó la izquierda durante todo el siglo XIX y la primera mitad del XX. Algunas banderas ético-morales, como el divorcio o la legalidad del aborto, aparecen simultánea o alternativamente en manos de derechas o de izquierdas, desvaneciendo las diferencias o haciéndolas tan sutiles que la apelación fundamental al electorado no es ya tanto una ideología ni un programa común de la izquierda cuanto la **seducción por la memoria y el sentimiento.***

*Todos los partidos, también por supuesto los de izquierdas, se han convertido en máquinas electorales. Los estrategas de la izquierda conocen la estabilidad del electorado y saben que la suma de todos los votos de izquierda es mayor que la suma de los votos de la derecha. Por tanto la estrategia ganadora es la de agrupar en candidaturas únicas todas las izquierdas. En España, tal posibilidad hubiera sido truncada durante la transición, porque el núcleo duro del ejército, que a duras penas toleró la legalización del PCE, no la hubiera consentido. González sabía muy bien que cualquier pacto con los comunistas le hubiera impedido llegar al gobierno. Posteriormente, cuando los poderes fácticos sí hubieran tolerado una estrategia común de la izquierda, la testarudez de Felipe González y la rigidez ideológica de Anguita hicieron imposible cualquier entendimiento de carácter general. A partir de este dato las maniobras se suceden desde hace varios años para laminar y dividir IU. Pero la fórmula no parece deparar buenos resultados sino acentuar la crisis, como se demostró en las pasadas elecciones gallegas donde la compañía de los disidentes de IU no consiguió mejorar los resultados del PSOE. Algo parecido podría suceder en Madrid, donde la propuesta de la Ejecutiva socialista de presentar a **Cristina Almeida** (PDNI) ha provocado un terremoto interno en el PSOE cuyo alcance no podremos predecir.*

La crisis de disciplina

TRADICIONALMENTE el voto de izquierdas es un voto fiel, más fiel que el voto de derechas y más resistente que éste a la tentación abstencionista. Pero las cosas están cambiando. No cabe duda de que la vinculación por el sentimiento es más superficial y mudable que la que proporcionaría la seguridad doctrinal, ahora tan resentida. Por si fuera poco, muchos socialistas no han digerido todavía los graves episodios de corrupción y guerra sucia acaecidos bajo el gobierno del PSOE. En este contexto, se suceden las crisis de disciplina y se van desmembrando grupos o grupúsculos, como IS, que sólo en el timbre se diferencia del PSOE, o PDNI, que sólo se diferencia de IU en protagonismos personales y de estrategia. La búsqueda de identidad ya no se puede sustanciar fundamentalmente en el debate ideológico, sino en la elección y descarte de compañeros. Los celos despiertan las pasiones y las maniobras de terceros colocan la dinamita. Así, Izquierda Unida se ve sometida a un cerco feroz en el que se alían contra ella el felipismo y sus submarinos por una parte, y por otra algunos medios de comunicación que quieren allanar la vuelta al poder del PSOE.

La indisciplina no es exclusiva de las márgenes de los partidos. Anida también en el corazón de los mismos. A veces los brotes de libertad son cortados de raíz y las ejecutivas sacan adelante contra viento y marea sus puntos de vista, pero las víctimas esperan su ocasión y, en cuanto se les presenta, se rebelan contra la estructura. Así parece que debe interpretarse el cierre en falso del XXXIV Congreso del PSOE en el que el candidato oficial a la secretaría general (**Joaquín Almunia**) necesitó, para salir elegido, que el propio **Felipe González** se colgara de su candidatura. Quizá para legitimar ante sí mismo el origen de su cargo, Almunia tuvo el gesto elegante y valiente de convocar unas primarias para dilucidar quién debía ser el

candidato del PSOE a la presidencia del gobierno, cargo que, hasta entonces, parecía inseparable del de secretario general. Los resultados rompieron todos los pronósticos y, a pesar de gozar de todos los apoyos institucionales, Almunia fue ampliamente derrotado por José Borrell. Pero, lejos de restablecer la disciplina interna, el panorama se agravó, consolidándose un partido bicéfalo que, si no se diferencia en la doctrina, dista mucho de coincidir en la estrategia.

Esta crisis de disciplina es mucho más peligrosa para los intereses electorales de la izquierda que la misma crisis ideológica y que la propia crisis de estrategia. Las encuestas nos avisan ya de este peligro: en un primer momento, cuando todo indicaba que Borrell iba a ser quien definiera la estrategia, la intención de voto socialista creció hasta superar al PP en dos puntos; dos semanas después, cuando ya se vio que había dos papas, el de Roma y el de Avignon, la intención de voto cayó de nuevo dos puntos por debajo del PP, que es donde quizá se sitúa la línea de «fidelidad inquebrantable» al PSOE, la de afinidad de la memoria, la que resiste cualquier disciplina, como resistió los Gales, Roldanes y Convolutos.

Conclusiones

EL triple debate-doctrinal, estratégico y disciplinario, debe resolverse con las aportaciones de todos los hombres de izquierda y no cerrarse en falso mediante intervenciones autoritarias de las nomenclaturas. Toda la sociedad necesita referencias claras, aunque sean a veces complejas. Ningún ciudadano está cómodo y difícilmente se puede serenar la vida política mientras estemos instalados en crisis permanentes.

Los mecanismos ordinarios del PSOE no parecen ser suficientes para plantear y resolver con la necesaria

profundidad y en instancia final los múltiples debates internos y externos a que se enfrenta la izquierda en general y el socialismo en particular. Parece aconsejable la convocatoria de un congreso extraordinario en el que los problemas puedan ser recibidos y tratados de forma universal y definitiva.

El riesgo de una fragmentación de IU es permanente, por las razones indicadas. El riesgo de fragmentación del PSOE es menor, pero tampoco se puede descartar, dado el enfrentamiento de tendencias y la exigüidad del margen con que se vienen ganando o perdiendo las mociones internas. Ambas escisiones serían un grave mal para la estabilidad política de España.